

Actas del
IX Congreso Internacional
de la Asociación Hispánica
de Literatura Medieval

(A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)

II

2005

Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica
de Literatura Medieval, 2005.

© Carmen Parrilla
© Mercedes Pampín
© Toxosoutos, S.L.

Primera edición, agosto 2005

© Toxosoutos, S.L.
Chan de Maroñas, 2
Obre - 15217 Noia (A Coruña)
Tfno.: 981 823855
Fax.: 981 821690
Correo electrónico: editorial@toxosoutos.com
Local en la red: www.toxosoutos.com

I.S.B.N. obra conjunta: 84-96259-72-2
I.S.B.N. volumen: 84-96259-74-9
Depósito legal: C-2072-2005

Impreso por Gráficas Sementeira, S.A. - Noia
Reservados todos los derechos

La *mise en abyme* en los libros de caballerías hispánicas

Claudia Demattè
Universidad de Trento

Noi leggevamo un giorno per diletto
Di Lancillotto, come amor lo strinse:
Soli eravamo e senza alcun sospetto.
Per più fiate gli occhi ci sospinse
Quella lettura, e scolorocci il viso:
Ma solo un punto fu quel che ci vinse.
Quando leggemmo il disiato riso
Esser baciato da cotanto amante,
Questi, che mai da me non fia diviso
La bocca mi baciò tutto tremante:
Galeotto fu il libro e chi lo scrisse:
Quel giorno più non vi leggemmo avante.¹

La repetición del verbo “leer”, nada menos que tres veces en el breve espacio de cuatro tercetos, y de los sustantivos afines “lectura”, “libro” y “escritura” en la cita de los amores de Paolo y Francesca condenados por Dante a las penas del infierno por no haber acabado la lectura de las aventuras de Lanzarote, nos lleva directamente a tratar de la importancia del fenómeno de la *mise en abyme* en la literatura medieval,² y en particular con relación a la literatura caballeresca hispánica.

¹ Dante Alighieri, *La Divina Commedia, Inferno*, canto V, vv. 127-138. En este mismo congreso Axayácatl Campos García Ramos presentó un trabajo titulado “Historia y amor *ex arte* en los libros de caballerías: *Espejo de príncipes y caballeros*”, que considero complementa al mío al tratar el tema de la lectura e interpretación más allá de los libros, es decir, de inscripciones y figuras pintadas en las cuevas o en las paredes de los castillos. Remito a este trabajo que aparecerá en esta misma publicación.

² Entre los numerosos estudios sobre la temática de la *mise en abyme*, sobre todo con relación a la literatura medieval francesa, señalo: Lucien Dällenbach, *Le récit spéculaire. Essai sur*

Posiblemente resulte útil recordar que esta expresión llega de los tratados de heráldica en los que “abismo” significa “punto o parte central del escudo”,³ y que una figura se dice “puesta en abismo” cuando se presenta junto con otras figuras en el centro del blasón pero sin tocar ninguna de ellas. A partir de esta definición, Lucien Dällenbach aclara que *mise en abyme* es todo elemento inserto que tiene una relación de similitud con la obra que lo contiene⁴ y esta definición nos ayuda a entender en qué sentido podemos considerar este lexema en nuestro trabajo, teniendo en cuenta que nunca un campo léxico fue más apropiado al hablar del género caballeresco. En efecto consideraremos todo episodio de libros de caballerías hispánicos en que se representa la actividad de escritura, lectura o, más simplemente, manejo de volúmenes, considerándola como un fenómeno que refleja nuestra actitud en cuanto lectores frente al mismo libro que tenemos en las manos, y no hace falta citar a Borges para entender que “tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios”.⁵ El juego de espejos que se crea entre personajes y lectores tiene distintas facetas y de alguna manera resulta quizás necesario aclarar los límites de los episodios de los que nos ocuparemos puesto que de otra manera nuestra misión de investigador andante por tierras caballerescas no acabaría ni en los cuatro libros tópicos. Así hemos decidido dejar al lado el espacio “prefacticio” del género caballeresco, es decir, toda reflexión (o

le mise en abyme, Seuil, Paris, 1977; Alberto Limentani, “Effetti di specularità nella narrativa medievale”, *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, 3 (1980), pp. 307-320; Francesco Zambon, “Tantris o il narratore-sciamao”, *Medioevo Romano*, 12 (1987), pp. 307-327; Marco Infurna, “Intertestualità e *mise en abyme*”, en *Lo spazio letterario del Medioevo*, 2.1: *Il Medioevo volgare. La produzione del testo*, ed. de P. Boitani, M. Mancini y A. Varvaro, Salerno Editrice, Roma, 1999-2001, pp. 423-457.

³ M. Moliner, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1983.

⁴ Lucien Dällenbach formula distintas definiciones a lo largo de su obra para el fenómeno en objeto: “toute enclave entretenant une relation de similitude avec l’oeuvre qui la contient” (*op. cit.*, 18); “tout miroir interne réfléchissant l’ensemble du récit par réduplication simple, répétée ou spéculaire” *ibid.* p. 52.

⁵ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*: “Magias parciales del *Quijote*”, en *Prosa Completa*, II, Bruguera, Barcelona, 1980, p. 175.

más bien reflejo) que se halle en los prólogos o en otras zonas paratextuales en que se contemple, por ejemplo, el tópico del hallazgo del manuscrito⁶ con todos sus corolarios,⁷ a pesar de que en algunos casos existen episodios que bien podrían encajar en nuestra investigación.⁸ En segundo lugar, no consideramos las referencias analépticas y prolépticas de aventuras dentro de un mismo libro —técnica frecuentemente utilizada para suscitar la atención del público—, ni alusiones a partes sucesivas o precedentes del mismo ciclo caballeresco;⁹ por último, excluimos episodios de narraciones orales¹⁰ y episodios en los que el libro, a pesar de hallarse citado, no se convierte en instrumento activo, es decir, no va más allá de ser considerado un mero objeto.¹¹

⁶ Remito a la *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos* de D. Eisenberg y M^a Carmen Marín Pina, Prensa de la Universidad, Zaragoza, 2001.

⁷ Por ejemplo cuando se establece el hipotexto historiográfico de la ficción caballeresca o bien cuando se hace referencia al texto como parte de una obra más amplia (y conocida). A este propósito *vid.* el *Lidamor de Escocia*: “Que aquí no son contadas [las aventuras], mas quien las quisiere leer en un libro llamado *Flor de aventuras* las hallará más largamente escritas ansí dél como de otros muchos buenos caballeros: el cual libro está en lengua toscana, donde fue sacada aquesta presente historia deste noble caballero Lidamor de Escocia”. *Lidamor de Escocia: guía de lectura*, ed. de Jorge Francisco Sáenz Carbonell, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1999, p. 22; la cita procede del cap. 33 del *Lidamor*.

⁸ Ya en el *Baladro del sabio Merlin* el autor nos cuenta cómo Jaquemín, maestresala del rey, “apenado por la suerte del prisionero Ebalato y conociendo su afición por la lectura de obras religiosas y caballerescas, [...] le envió un libro de Merlin para que se entretuviera con su lectura” (*Baladro del sabio Merlin: guía de lectura*, ed. de Paloma Gracia, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, p. 9).

⁹ Un ejemplo significativo, debido a la insistencia de Feliciano de Silva en que sus obras perteneciesen sin ninguna rémora a la saga de Amadís, se encuentra en el prólogo del *Amadís de Grecia*, donde el llamado corrector alude a los libros anteriores del ciclo y reivindica su papel en el mismo; además en el capítulo 29 de la primera parte el narrador comenta ciertas escenas de los libros segundo, cuarto, quinto y sexto de la serie amadisiana; en el capítulo 79 de la segunda parte, Oriana recuerda escenas del *Amadís de Gaula* (el Arco de los Leales Amadores y la Cámara Defendida); en el capítulo 129 de la segunda parte se rechaza de nuevo el *Florisando* y el *Lisuarte* de Juan Díaz.

¹⁰ En el *Libro segundo de don Clarián de Landantís* se afirma que “siempre don Clarián iba hablando en cosas de mucho passatiempo, por causa de dar plazer a su hermano” y efectivamente a Riramón le cuenta las “fábulas” o “ficiones poéticas” de Latona y de la transformación de los villanos en ranas además de otras metamorfosis clásicas como las de Cadmo y Harmonía (*Clarián de Landantís: guía de lectura*, ed. de Javier Guijarro Ceballos, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2000, p. 41; la cita procede del cap. 76).

¹¹ Así ocurre en el *Lidamor de Escocia* donde el episodio no tiene ninguna continuación y el libro no se vuelve a mencionar: “Floramonte andava mirando por todas partes, y viendo

Al rastrear los muchos ejemplos de *mise en abyme* “libresca” en las ficciones caballerescas, nos hemos encontrado principalmente delante de dos macro-tipologías que vamos a detallar a continuación en dos distintos apartados: primero, el libro como sinécdoque literaria y, después, el libro como arma.

El libro como sinécdoque literaria

En primer lugar anotamos que hay numerosos episodios en los que los autores deciden representar a los personajes de sus obras en actitudes metarreflexivas, concediéndoles, de esta manera, una conciencia del género literario al que pertenecen verdaderamente “moderna”. Se trata de episodios en que los caballeros, más bien que las damas,¹² se forman o se entretienen en la lectura de libros, y no de cualquier libro, claro, sino sobre todo de libros de caballerías. Así vemos que numerosos personajes de este género de ficción leen en su juventud muchos

sobre todas aquellas figuras una con un libro en las manos, que parecía estar leyendo por él, y un librero en el brazo que decía el nombre d'él” (ed. de Rafael Ramos, “*Lidamor de Escocia* de Juan de Córdoba”, en *Antología de libros de caballerías*, dir. por José Manuel Lucía Megías, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001, p. 315). Por otra parte en el *Tirante el Blanco* encontramos dos casos en los que los caballeros regalan a sus amadas dos preciados libros de horas: “y al partyr dio el cavallero a la bella Agnés unas horas muy singulares y de rica guarnición” (*Tirante el Blanco*, I, ed. de Martín de Riquer, Espasa Calpe (Clásicos Castellanos 188-192), Madrid, 1974, p. 226); “rogó [Tirante] a Diáfebus que quisiese yr a palacio e diese unas horas que tenía muy singulares a la Infanta, que se hizieron en París, con las cubiertas todas de oro maciço, con mucha sutileza esmaltadas; cerrávanse con una cerradura de tornillo que, sacando la llave, no avía ninguno que supiese conocer por dónde se abrían. Estavan escritas de letra muy singular, estoriadas de historias de estraña manera, muy bien y luminadas, que todos los que las vían dezían que en aquel tiempo más pomposas horas no se hallarían” (*ibid.* II, p. 141).

¹² Me refiero a *mise en abyme* de lectoras femeninas, que no son tan frecuentes, y no al público externo femenino (cfr. n. 22). Uno de los episodios más peculiares de lectoras “en abismo”, además del caso de la dama Bienamada en el *Félix Magno* que examinaré más adelante en el texto, se halla en el *Tirante el Blanco* en que la princesa amada por el protagonista comenta de manera muy “libresca” el regalo que le hace Tirante. En efecto a la pregunta de la doncella de si ama a alguna doncella, él contesta entregándole un espejo. La princesa se refugia en su habitación pensando tener entre las manos o bien un retrato o bien algún objeto mágico, y se ve decepcionada por la literalidad del espejo que refleja su imagen: “Jamás oy dezir ni en quantos libros he leydo de historias no he hallado tan graciosa requesta!” (*Tirante el Blanco*, II, p. 169).

libros principalmente como formación de su propia *virtus* caballeresca,¹³ como se puede ver en el *Amadís de Gaula*, donde: “Don Galaor, que con el hermitaño se criava, [...] siempre leía en unos libros que el buen hombre le dava de los fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron”.¹⁴

De la misma manera Tirante el Blanco, si bien ya caballero andante, continúa su educación al llegar a una ermita donde vive un ermitaño, “el qual en aquella sazón se deleytava leyendo un libro llamado *Árbol de batalla*”,¹⁵ que como nos anota Martín de Riquer no es sino el *Libro de l'ordre de cavalleria* de Ramón Llull. Poco después, en el capítulo 32, el mismo ermitaño: “leyó delante Tirante un capítulo en que contava cómo fue hallada la orden de cavallería y por qué causa fue ordenada”.¹⁶

En efecto, los futuros caballeros compaginan actividades dirigidas a la formación del cuerpo con otras en que se incluyen momentos de verdadero solaz: como bien sabemos cada uno de estos caballeros disfruta tanto en un campo de batalla como en una corte circundado por hermosas damas y honradas doncellas. Así leemos en el *Caballero Zifar* cómo el infante Roboán llega a las Ínsolas Dotadas donde es acogido por unas doncellas quienes le relatan la historia de su emperatriz, Nobleza, que fue encantada por su madre, la Señora del Paresçer, “de guisa que ninguno non puede entrar aca syn su mandado”.¹⁷ Una de las doncellas, para explicar con más claridad a Roboán la historia del linaje de la emperatriz, se ofrece a leer “el libro de la su historia”¹⁸ en el que se cuentan las

¹³ Vid. a propósito de la educación del caballero: Noel Follows, “Chivalric Manuals in Medieval Spain: the *Doctrinal de los cavalleros* (1444) of Alfonso de Cartagena”, *The Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 24, 1 (1994), pp. 53-87; Giuseppe Grilli, “*Virtus* caballeresca y valor personal en la re-escritura por Francisco de Moncada de la expedición a Oriente de catalanes y aragoneses”, en *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro, I: El noble (Seminarario de la Casa de Velázquez, 23-24 de abril de 2001)*, ed. de Ignacio Arellano y Marc Vitse, Madrid, en prensa. Remito a estos estudios para una bibliografía sobre el tema.

¹⁴ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. de Juan Manuel Cacho Bleuca, Cátedra, Madrid, 1991, cap. 5, p. 290.

¹⁵ *Tirante el Blanco*, I, p. 94.

¹⁶ *ibid.*, p. 102.

¹⁷ *Libro del Caballero Zifar*, ed. de Cristina González, Cátedra, Madrid, 1998, p. 412.

¹⁸ *Ibid.*

hazañas de don Yuan, hijo del rey Orian, quien se atrevió a decir a la reina Ginebra que “el auie por señora vna dueña mas fermosa que ella”:¹⁹

E la donzella lleuaua el libro de la estoria de don Yuan e començo a leer en el. E la donzella leye muy bien e muy apuestamente e muy ordenadamente, de guissa que entendie el infante muy bien todo lo que ella leye, e tomava en ello muy grand plazer e grand solaz.²⁰

El placer de la lectura es compartido por muchos otros caballeros pero principalmente por Félix Magno, héroe epónimo de muchas aventuras maravillosas, el cual en su infancia:

aprendía tan bien todas maneras de armas que todos se maravillavan d’él y holgava mucho de leer historias y sobre todos se aficionava más a Amadís que a ningún otro cavallero.²¹

Esta cita representa sin duda uno de los ejemplos más perfectos de lo que significa “poner en abismo”: y así es, el mecanismo de espejos internos uno dentro del otro nos presenta un proceso de duplicación repetida en el que los lectores asisten a la escena en que Félix Magno lee el famoso *Amadís* donde Galaor lee a su vez las hazañas de otros caballeros, los cuales, merece la pena recordarlo, no son sino los lectores prefigurados en el texto. Parece que al anónimo autor del *Félix Magno* le gustó este juego de espejos, si consideramos que en el Cuarto Libro hallamos una prueba más de lo que podríamos definir como “conciencia genérica”: en el capítulo CLV la sabia Califa, narradora puesta en escena por el autor a lo largo de toda la ficción, declara haber concluido su tarea literaria y acaba el volumen de las hazañas de Félix Magno entregándolo en las manos de Desamado. Este caballero de la corte de Gran Bretaña, cuyas desaventuras amorosas son patentes en su mismo nombre, decide regalar el libro a su amada “con la cual la donzella

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*, p. 413.

²¹ *Félix Magno. Libros I-II*, ed. de Claudia Demattè, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, en prensa, cap. II, f. 5^o.

²² *Félix Magno. Libros III-IV*, ed. de C. Demattè, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, en prensa, cap. CLV, f. 133^v.

fue muy alegre e agradeció mucho al cavallero este don”,²² convirtiéndose en su primera lectora.²³

Pero hay todavía un elemento más que merece la pena subrayar y que antes he definido como “sinécdoque literaria”. Al utilizar este lexema, formado por un término de retórica y un adjetivo aparentemente contradictorios, se pone en evidencia la existencia de autores que utilizan a sus personajes y sus obras para dejar de manifiesto su propia cultura literaria, pero también para guiñar el ojo a sus lectores, esta vez en un juego de espejos quizás cóncavos. De esta manera hay libros de caballerías en los que se citan episodios, personajes o pequeños objetos mágicos que no son sino metáforas que designan “una cosa con el nombre de otra que no es más que una parte de ella”,²⁴ es decir, representan una sinécdoque de otros libros de caballerías. Un caso significativo se halla en el *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas donde, en el capítulo XXVII del Libro Primero, el Caballero del Lago, es decir, Cirongilio, una de sus aventuras le lleva a una en la que encuentra un anillo de oro con una inscripción en griego que dice que la sabia y antigua maga Elotea se la dejó al caballero por poseer la virtud de hacer inmune a los encantamientos al que la lleve puesta y por hacer cicatrizar las más crueles heridas. Esta joya es tan antigua que ningún encantamiento podrá sobrepasar en antigüedad su valor dado que:

fue hecha por el saber de la sabia infanta Califa, señora de la ínsula Oriental e hija del rey Algumarán de la grande India, de quien en la historia del buen cavallero Félix Magno tanta mención se haze.²⁵

No siempre las citas son tan directas y por eso muchas veces, como sabemos, encontramos homenajes sinecdóticos a otros libros de caballerías, como en el caso de la *Flor de caballerías* don-

²³ Nótese el “homenaje” al público femenino cuya importancia ha sido subrayada, entre otros, por M^a Carmen Marín Pina, “La mujer y los libros de caballerías”, *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 129-148.

²⁴ M. Moliner, ed. cit.

²⁵ Bernardo de Vargas, *Cirongilio de Tracia. An Edition with an Introductory Study*, ed. de James Ray Green, UMI, Ann Arbor, Michigan, 1974, p. 157.

de el protagonista, Belinfor, se enfrenta en el Castillo de Marte contra Palmerín, Primaleón, Esplandián, Amadís de Grecia, y otras decenas de famosos caballeros, al querer establecer no simplemente una primacía en las armas sino también en las letras.²⁶

Caballería y letras, armas y libros, o más bien, libros como armas: en efecto el paso es breve, sobre todo si nos fijamos en lo que ocurre en el *Lisuarte de Grecia* donde el sabio Alquife, narrador ficticio de las aventuras del protagonista, lleva a los invitados a su biblioteca²⁷ y les enseña los libros donde se pueden leer las principales profecías vertidas en los libros del *Amadís de Gaula* y en las *Sergas*, junto con aquéllas del mismo libro séptimo de la serie.²⁸ Alquife es uno de los muchos sabios encantadores que se pasean por las narraciones caballerescas y que se caracterizan por sus artes mágicas que nacen posiblemente de su inestimable afición a la lectura, esta vez sin veleidad literaria sino más bien bélica.

El libro como arma

El libro como arma es, por cierto, una imagen que entra a menudo en la literatura medieval, pero quizás el antecedente más directo para nuestros libros de caballerías esté representado por su utilización en los dos “poemi cavallereschi” más conocidos, el *Orlando Innamorato* de Matteo Maria Boiardo²⁹ y el *Orlando Fu-*

²⁶ *Flor de caballerías*, ed. de J. M. Lucía Megías, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997, pp. 148-152.

²⁷ Al mencionar la palabra “biblioteca” no puedo eximirme de citar un pasaje de la segunda parte de la *Selva de cavalarías* de Antonio de Brito da Fonseca Lusitano, en la que nos dice el autor “que no está tan vazía la caza de la memoria que no tenga emserrados em sus aposentos muchos libros d’ellas, de los que les sacaremos todo lo que aquí nos falta, pues está em poder de aquellos sabios la llave d’ella y nunca se abre que no salgua de allí alguna cosa de provecho” (ed. de J. M. Lucía Megías, “*Selva de cavalarías* de Antonio de Brito da Fonseca Lusitano”, en *Antología*, p. 403).

²⁸ *Lisuarte de Grecia: guía de lectura*, ed. de Emilio Sales Dasí, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, p. 30.

²⁹ El autor de la corte estense nos habla ya a partir del primer canto de un *quaderno* o *libretto*, claramente mágico, utilizado en un primer momento por Malagise (octavas 36 y 44) y después por la misma Angélica (octava 51). Además se habla de “un libro incantato” en el canto XIII, octava 5. Por otra parte el acto de lectura se representa en el canto XIII en las octavas 29 y ss. En el Segundo Libro (canto IV, oct. 5-6) una doncella entrega a Orlando un libro “dove è depinto / Tutto ‘l giardino e ciò ch’è dentro al cinto”, gracias al cual el caballero

rioso de Ludovico Ariosto,³⁰ en los que se encuentran episodios en que los personajes acaban sus aventuras gracias a la ayuda de unos volúmenes que contienen las instrucciones para dominar criaturas infernales u objetos mágicos.

Efectivamente en el género caballeresco hispánico los libros se convierten en verdaderos objetos mágicos,³¹ puesto que a menudo nuestros caballeros andantes sufren o asisten a encantamientos que no pueden ser acabados tan sólo por sus espadas sino que hace falta la ayuda de alguien que domine el arte de la magia y que explique su uso a los caballeros. Así en el capítulo XIX del *Amadís*, después de habernos contado “cómo Amadís fue encantado por Arcalaús el Encantador”, se añade que unas doncellas logran dejar medio muerto al protagonista utilizando artes “librescas” para liberarle del encantamiento:

y la una de las donzellas sacó un libro de una arquita que so el sobaco traía y comenzó a leer por él [...]; entonces vieron cómo salía por el suelo de la cámara rodando un libro como que viento lo llevase; y paró a los pies de la donzella; y ella lo tomó y partiolo en cuatro partes, y fuelas quemar en los cantos de la cámara donde las candelas ardían.³²

Pero también cuando hace falta un poco de quietud, Urganda no duda en utilizar su arte: “Entonces sacó un libro tan pequeño que en la mano se encerrava, y fízole poner allí la mano y co-

puede vencer el encantamiento del jardín de Falerina. En el canto XXII se vuelve a mencionar el libro mágico de Malagise que éste utiliza para tener a su servicio el demonio Scarapino (a propósito de libros y diablos, cfr. n. 52) (Matteo Maria Boiardo, *Orlando Innamorato*, ed. de Giuseppe Anceschi, Garzanti, Milano, 1978, 2 vols).

³⁰ Ludovico Ariosto, *Orlando Furioso*, ed. de Cesare Segre, Mondadori, Milano, 1998⁷. En el canto IV, octava 17, Angélica estrena nuevas armas: “da la sinistra sol lo scudo avea, / tutto coperto di seta vermiglia; / ne la man destra un libro, onde faceva / nascer, leggendo, l’alta maraviglia”. Por otra parte el duque Astolfo recibe en regalo de una maga “un bello et util libro [...] che per suo amore avesse ognora allato”. El mismo Malagise, ya protagonista del *Orlando Innamorato*, vuelve a aparecer con su libro mágico (canto XLII, octava 34). Segre señala además la presencia de este tema ya en el poema caballeresco italiano del siglo XIV titulado *La Spagna* (ed. de M. Catalano, Mareggiani, Bologna, 1939-1940) en el canto XX, octava 27.

³¹ Vid. a este propósito: Anna Bognolo, *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquento spagnolo*, Ed. ETS, Pisa, 1997.

³² G. Rodríguez de Montalvo, *Amadís*, pp. 438-439.

mençó a leer en él”;³³ para dejar a todas las doncellas dormidas, mientras ella puede tratar a solas con Oriana de temas amorosos.

En el ciclo de los Palmerines este tema se vuelve todavía más interesante al contemplar reenvíos intertextuales a lo largo de la saga. Efectivamente en el capítulo CLV del *Palmerín de Olivia*, llegamos a conocer que el protagonista, mientras está en la isla de Malfado, decide probar la aventura de la torre donde descubre “un cuerno de marfil muy ricamente obrado [...] e un libro muy pequeño colgado d’él”.³⁴ Palmerín confía el libro a Dulaque, el cual:

tomó el libro en las manos e abriólo, en el que estava escrito el encantamiento de la ysla e después cómo se avía de desfazer; [...] e començó de leer por el libro e sópolo tan bien fazer que no erró cosa de lo que Muça Belín, su hermano, le havía mandado. Ansí como acabó de leer el encantamiento, todos fueron desencantados e quedaron en sus propios juzzios e parescer.³⁵

En la primera continuación del ciclo, el *Primaleón*, no se ha olvidado la importancia de este libro ya que en el capítulo CLXXV el Caballero de la Isla Cerrada no puede prescindir de hacer referencia al intertexto palmeriniano mientras habla con don Duardos al afirmar que “este can no puede ser desencantado sino por el libro por que lo fueron los otros qu’estavan en la isla de Malfado”.³⁶ En este mismo volumen encontramos otro episodio significativo, quizás uno de los pocos en que la presencia física de las armas se superpone a la ligereza de las letras escritas: protagonista es el mismo Caballero de la Isla Cerrada, figura típica del mago ayudante, el cual se ciñe una de las más hermosas espadas que jamás ha habido:

Mas a esta ora llegó el Cavallero de la Isla Cerrada, que vino por la mar en una barca a gran priessa, y dio un salto en la nao de don Duardos y firió con un libro que traía a la mano en el mástel de la

³³ *Ibid.*, p. 855.

³⁴ *El libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia. Studi sul Palmerín de Olivia*, I, ed. de Giuseppe di Stefano, Università di Pisa, Pisa, 1966, p. 539.

³⁵ *Ibid.*, pp. 540-541.

³⁶ *Primaleón*, ed. de M^a C. Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, p. 434.

nao. Y como él esto fizo, todos quantos estavan en la nao quedaron ansí como muertos sin ningún sentido ni entendimiento.³⁷

Desafortunadamente no siempre los libros se encuentran en manos de personas que saben apreciar su valor, como ocurre en el caso de la aventura de Polendos en la isla de Delfo donde el caballero encuentra un libro en las manos de un ídolo de oro,

y cuando lo quiso tomar, él era tan pesado que no lo pudo mover por grande fuerça que puso, [...] y tomó la maça de fierro que traía en las manos y dióle tales tres golpes, que lo quebró por muchos lugares y dio con él en tierra.³⁸

Pero esta lamentable actitud de Polendos es castigada enseguida por la aparición de una “ave muy negra y d’estraña fechura y dio tales aullidos, que Polendos fue muy espantado”.³⁹

En el *Platir*, tercera obra del ciclo, el libro ya no es simplemente un objeto mágico que aparece y desaparece según los deseos de la sabia Flismea, sino que se confía al joven Filadelfo para que aprenda el arte de la caballería nada menos que junto al famoso caballero Flortir, hijo de Platir y de Florinda. En efecto aquí se recurre una vez más a una perfecta *mise en abyme* puesto que estamos leyendo el libro de Platir en que un doncel se entretiene en la lectura de las aventuras de Flortir, sin considerar que en este volumen se encuentra una prolepsis narrativa de lo acecerá a este caballero. Así la sabia Flismea mandó a Filadelfo que:

leyese por allí. Assí lo fizo el donzel y maravillábase él de ver las cosas que en el libro leía fasta que vino a leer del cavallero Flortir y de sus grandes aventuras, y cómo avía de dar cima a la aventura de la cueva y avía de librar a quantos allí estavan. [...] —Pues más avedes de saber —dezía la dueña contra el donzel—, qu’el día que Flortir sacare los cavalleros de la cueva se pasará este libro en Lacedemonia en los grandes palacios del rey Tarnaes, que agora está en el encantamiento.⁴⁰

³⁷ *Ibid.*, p. 405.

³⁸ *Ibid.*, p. 30.

³⁹ No se vuelve a mencionar este libro hasta el capítulo CLXXIV, cuando el Caballero de la Isla Cerrada “embió a saber lo que él desseava del libro que Polendos falló en la isla de Delfos” (*ibid.*, p. 431).

⁴⁰ *Platir*, ed. de M^a Carmen Marín Pina, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1997, p. 326.

Esparcidos a lo largo de los libros de caballerías hay muchos ejemplos de magos que utilizan libros para intervenir en las aventuras de sus protegidos,⁴¹ pero también hay casos en que los caballeros se han independizado de sus sabios ayudantes y manejan libros mágicos sin temores, como ocurre en el *Policisne de Boecia* de Juan de Silva y Toledo, donde el protagonista se halla en un momento de peligro al estar combatiendo contra una espantosa sierpe para salvar al rey de Minandro y

poniendo ambas rodillas sobre Rinacio, sacó el su preciado libro, bolviendo la hoja, començó a leer otras letras que en lengua india estaban y a la hora la sierpe no tuvo poder de a él llegar.⁴²

Esta emancipación se halla perfectamente lograda en las *Sergas de Esplandián* donde los sabios ya no tienen suficientes poderes mágicos para llevar a cabo sus proyectos sino que necesitan la intervención de sus “ahijados” con verdaderas armas caballerescas. En el capítulo CXIII se nos cuenta en efecto “cómo los dos valientes sin par / Allí do prendieran la maga Melia / Los sus grandes libros de Nigromancia / Con dos compañeros tornaron buscar.”⁴³

La aventura que Urganda propone a Esplandián, después que el joven caballero ha acabado la empresa de la maga Melia,⁴⁴ es la de volver a la cueva de la hechicera porque

⁴¹ Vid. por ejemplo el *Felixsmarte de Hircania*, cuando la sabia Astrofonia entrega a su enviada, la Doncella del Anillo, un libro que describe la manera de cambiar los pareceres de las personas, hecho que facilita el duelo entre amigos que no se reconocen (*Guía de lectura*, ed. de María del Rosario Aguilar Perdomo, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998, p. 31). En el *Florando de Inglaterra* encontramos a la sabia Orbicunta, abuela de Clariseo, Clarisarte y Clarisando, la cual anuncia cómo acudirá a la ciudad de Londres donde encantará al príncipe don Florando; efectivamente en el capítulo 14 se dice que “sacando un libro empeçó a leer por él haziendo sus conluyos y esconjuros. [...] y como aquella temerosa llama fue deshecha, quedó desencantado el preciado príncipe don Florando, espejo de todos los cavalleros de su tiempo, así en hermosura como en esfuerço” (ed. de Cristina Castillo Martínez, “*Florando de Inglaterra*”, en *Antología*, p. 259).

⁴² Ed. de Alejandra Suárez Sánchez de León, *¡Policisne de Boecia* de Juan de Silva y Toledo”, en *Antología*, p. 372.

⁴³ Cito la edición de Zaragoza, Casa de Simón de Portonotarjís, 1587, f. 80^v, publicada en facsimilar por Salvador Bernabéu Albert, Doce Calles, Madrid, 1998.

⁴⁴ Vid. a propósito de este personaje el artículo de Axayácatl Campos García Rojas, “La infanta Melia: un caso de vida salvaje, intelectualidad y magia en *Las Sergas de Esplandián*”, en *Proceedings of the Ninth Colloquium*, edición de Andrew M. Beresford y Alan Deyermond, Department of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College (PMHRS, 26), London, 2000, pp. 135-44.

dexastes en la cueua desta Infanta, muchos y muy preciados libros, por donde ella obrava. Y si por bien lo tuuieredes, no es razon que alli sean encerrados, donde ninguno sino vos solo los puede sacar.⁴⁵

Al caballero no le queda más remedio que volver sobre sus pasos, y al entrar en la cueua:

hallo una camara en quadra muy bien hecha, que tenia vna lumbrera en lo alto: y en ella auia una cama hecha de los ramos de los arboles. Y luego adelante auia otra camara: donde los libros estauan en tan gran numero que el fue marauillado. Y tomando quantos llevar pudo, los saco fuera.⁴⁶

Los libros son tantos que hacen falta numerosos viajes hasta que en el capítulo CXVI se afirma que el traslado está terminado y que

fueron todos por Vrganda vistos, y de mas de las grandes cosas que en ellos se contenian para obrar todas las artes, que en todo el mundo hallar se podieran, eran en si, los mas hermosos, que ver se podrian, de letras y pergaminos muy subtiles, y de historias de aquellos que primero los compusieron, hechos de oro, y todas las otras letras mayores assi mesmo. Pues las cubiertas dellos, muchas eran de plata, y otras de oro, con piedras y perlas labradas en tan estraña manera, que mucho se marauillaua Vrganda en los ver, y aquellos cavalleros, y esto que digo que eran los mas ricos, tenian en si figurada aquella donzella encantadora, que oystes con letras muy hermosas, de piedras y diamantes, y ardientes rubies, que su nonbre señalauan.⁴⁷

Acto seguido Urganda, Esplandián y los demás caballeros zarpan hacia la corte del Emperador de Constantinopla sin olvidar poner en la Nave de la Serpiente todos los libros.⁴⁸ Allí los volúmenes tendrán dos usos, ambos se llevarán a cabo gracias a una de mujer: en primer lugar la infanta Leonorina revela el arcano de las letras que aparecen en el pecho de Esplandián y que le habían sido explicadas por la misma maga Melia al leer en el libro “en que estaua figurada la donzella encantadora”.⁴⁹ Delante de

⁴⁵ *Ibid.*, el subrayado es mío.

⁴⁶ *Ibid.*, cap. CXIV, f. 81°.

⁴⁷ *Ibid.*, f. 82°.

⁴⁸ *Ibid.*, cap. CXVII, f. 83°.

⁴⁹ *Ibid.*, cap. CLXXVII, f. 111°.

toda la corte Leonorina recurre al mismo libro, traído por Urganda, donde se declara que el caballero “terna en el su pecho su nombre y el de su amiga”.⁵⁰

El segundo episodio merece quizás algo más de atención, puesto que contempla uno de los encantamientos más renombrados del género caballeresco. En el penúltimo capítulo de las *Sergas* el autor nos comenta cómo:

estando Vrganda en la su ysla no hallada supo por sus artes como la muerte se allegaua a todos los más principales de aquellos Reyes que ella tanto amaua, y auiedo piedad que tan preciosas carnes como las dellos y dellas la tierra las gozasse y consumiesse: acordo de en poner ello el remedio que oyreys.⁵¹

Para llevar a cabo el encantamiento de todos los héroes más famosos, Urganda tiene a su disposición un patrimonio inestimable, los libros liberados por Esplandián de la cueva de Melia.

[Urganda] subio en al cumbre de la alta torre, llevando consigo vn libro, el qual fue de la gran sabia Medea: y otro de la donzella encantadora, y otro de la Infanta Melia y otro de los suyos y tendidos sus canos cabellos por las espaldas, leyendo aquellos libros: reboluiendose a todas las quatro partes del mundo hazia los cielos haziendose tan embrauecida que parescia que salian de sus ojos viuas llamas de fuego [...] diziendo muy terribles y espantables palabras [...] arranco de la tierra aquel grande alcaçar [...] donde todos aquellos grandes Principes quedaron encantados, sin les acompañar ninguno de sus sentidos.⁵²

Por supuesto, a pesar de que hasta ahora no haya aludido a la obra maestra a la cual todos nosotros siempre acudimos y que todos siempre cruzamos durante nuestras *andanzas*, queda claro que la *mise en abyme* libresca está muy bien representada en el *Quijote* en numerosos episodios que no hace falta recordar aquí.⁵³ Pero me parece apropiado aludir tan solo a una de estas

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.*, cap. CVXXXIII, f. 114^v.

⁵² *Ibid.*, f. 115^r.

⁵³ Al admitir la imposibilidad de indicar todos los estudios dedicados a este tema, deseo citar aquí tan solo un trabajo por sus implicaciones con los libros de caballerías: M^a Carmen Marín Pina, “Lectores y lecturas caballerescas en el Quijote”, en *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (Alcalá de Henares, 12-16 de noviembre de 1990)*, Anthropos, Barcelona, 1993, pp. 265-273.

aventuras, quizá una de las menos citadas. Me refiero al capítulo 70 de la Segunda Parte en que Altisidora, supuestamente muerta por los amores frustrados hacia el ingenioso hidalgo, vuelve a la vida y cuenta al atento público, formado por don Quijote y su escudero, su viaje hasta la puerta del Infierno (y no más allá):

adonde estaban jugando hasta una docena de diablos a la pelota [...] y lo que más me admiró fue que les servían, en lugar de pelotas, libros, al parecer, llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva.⁵⁴

La imagen que se nos presenta está por supuesto llena de parodia e ironía, sobre todo si nos fijamos en el hecho de que no sólo “menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla”,⁵⁵ sino que los diablos se encarnizan especialmente con uno, puesto que: “a uno de ellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas”.⁵⁶

Este volumen no es nada menos que “la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide

⁵⁴ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Planeta, Barcelona, 1994, p. 1072. Aparte del episodio del *Orlando innamorato* citado más arriba en la nota 28 en el que Malagise, al abrir el librito mágico, “Ben fu servito di quel che avea voglia, / Ché fu a demonii il bosco tutto pieno: / Più de duecento ne è per ogni foglia” (libro II, canto XXII, oct. 45), nótese que otra aventura que contempla libros y diablos que se divierten robándose los volúmenes aparece en el *Baldo*, uno de los libros de caballerías más paródicos e irónicos, donde se describe la siguiente “pelea libresca”: “Rubicán lo tomó [el libro] y lo puso en medio de aquel llano haziendo un gran círculo y en él unos caracteres diabólicos. Y siempre leyendo, hazía venir de mil en mil los demonios [...] Donde no se vos podría contar el gran ruido que allí hazían dándose unos a otros. Baldo que ya estava enojado de ver tanto demonio y, sacando su espada, se va hazia ellos, los cuales, como lo vieron venir así determinado, se van por los aires con grande grita y allá en el aire comiençan una rezia pelea contra Rubicán por tomarle el cuaderno y dábanse grandes golpes unos a los otros, defendiendo a Rubicán, otros tomándose. [...] Cíngar lo tomó y començó a leer por él y luego se vido cercado de demonios. Él, que tan apretado se vido d’ellos, con gran miedo que por los aires lo llevassen, cierra el cuaderno y échalo de sí. El cual fue luego arrebatado de aquellos espíritus malignos y con grande estruendo se van, llevando de camino a los que tanto les avían servido. *Baldo*, ed. de Folke Gernert, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2002, cap. 25, p. 93.

⁵⁵ M. de Cervantes, *Don Quijote*, p. 1073.

⁵⁶ *Ibid.*

Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas”.⁵⁷

La intervención de uno de los diablos no deja espacio para la duda: hay que meterle en los abismos (!) del infierno por ser, como dice él, “tan malo [...] que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara”.⁵⁸

Permitidme ahora concluir nuestra aventura entre libros y lectores del género caballeresco, haciendo más las palabras de Altisidora al acabar el cuento de su viaje al otro mundo:

Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.⁵⁹

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ *Ibid.*